

hacían logro de su audacia y de la honrada credulidad de los buenos:

Hic, quem videtis gressibus vagis lentum,  
Amethystinatus media qui secat septa;  
Quem non lacernis Publius meus vincit,  
Non ipse Codrus alpha penulatorum;  
Quem grex togatus sequitur, et capillatus,  
Recensque sella linteisque lórisque:  
Oppigneravit Claudii modo ad mensam  
Vix octo nummis annulum, unde coenaret <sup>1</sup>.

La delación y la burla no pueden ser más sangrientas. Pero en medio de los conflictos de su orgullo y su venganza de poeta, recordaba Marcial su tranquilidad perdida y lloraba el tiempo malgastado, sin atreverse á romper los lazos que le ligaban, hacia más de treinta años, á la capital del mundo. Semejante indecisión, que le tenía en continuo sobresalto, no pudo menos de reflejarse en sus escritos: honrado y humilde por educación, fueron necesarios para despertar su ira, desdenes y desprecios: irritado ya, llevóle su despecho al escándalo de las palabras, porque ni era tan malvado que practicase los inmundos vicios que reprendía ó retrataba, ni estaba su alma templada para tronar, como Décimo Junio, contra el torpe é impudente desvario á que se había entregado Roma, hundida en cuantos crímenes podía inventar el refinamiento de una civilización decadente. Acaso guiado sólo por sus nobles instintos y dominado por el respeto que le inspiraban los poetas del siglo de oro, habría cantado con la dulzura de Virgilio ó con la nitidez y tersura de Horacio; pero bien puede asegurarse que nunca hubiera esgrimido el terrible azote de Juvenal, rompiéndose los aceros de sus sátiras en picantes punzadas ó malignos equívocos, más propios para excitar la risa que para despertar nobles y elevados sentimientos. Ni sea esto decir que no abunden en sus epigramas verdaderas sales y agudezas, ni se hallen salpicados de amarga hiel. Marcial emplea la sátira festiva, delicada y urbana con tal gracia y donaire, como lo explica el siguiente epigrama, dirigido contra uno de aquellos jóvenes aris-

<sup>1</sup> Lib. II, epig. LVII.

tócratas que, según la expresión de Marco Anneo, *competian con las mujeres en los aceites del cuerpo*:

Quare tam multis a te, Lentine, diebus  
Non abeat febris, quaeris, et usque gemis?...  
Gestatur tecum pariter, pariterque lavatur:  
Coenat boletos, ostrea, sumen, aprum.  
Ebria Setinó fit saepe, et saepe Falerno:  
Nec nisi per niveam Caecuba potat aquam:  
Circumfusa rosis, et nigra recumbit amomo;  
Dormit et in pluma purpureoque toro.  
Cum sit ei pulchre, cum tam bene vivat apud te,  
Ad Damam potius vis tua febris eat?... <sup>1</sup>

Difícil juzgamos hallar en otro poeta más oportunidad y agudeza ni mayor verdad que las que en este epigrama, espejo de aquellos muelles cortesanos, resaltan. La vena de Marcial parece sin embargo inagotable, cuando clava su acerado aguijón en este linaje de flaquezas, que no por carecer de grandes proporciones, dejaban de revelar en su conjunto el cáncer que estaba devorando á la sociedad romana. En medio de la punible afeminación que hemos visto lamentar al filósofo, llegaba á ser costumbre general, autorizada por la ciencia, el beber agua caliente: Marcial, burlándose de semejantes bebedores y de sus consejeros, exclamaba:

Setinum, dominaeque nives, densique trientes,  
Quando ego vos, medico non prohibente, bibam?  
Stultus et ingratus, nec tanto munere dignus,  
Qui malvut heres divitis esse Midae.  
Possideat Libycas messes Hermumque Tagumque,  
Et potet calidam, qui mihi livet, aquam <sup>2</sup>.

Motejando á los que se pintaban barba y cabello, achaque de que no ha convallecido aun la vanidad humana, lanzaba contra ellos este agudo dardo:

Mentiris juvenem tinctis, Lentine, capillis,  
Tam subito corvus, qui modo cygnus eras.  
Non omnes falles: scit te Proserpina canum:  
Personam capiti detrahet illa tuo <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Lib. XII, epig. XVII.

<sup>2</sup> Lib. VI, epig. LXXXVI.

<sup>3</sup> Lib. III, epig. XLIII.

Y no se libertaron de su burladora musa las femeniles debilidades, cebándose por el contrario en ellas á tal punto que puede ser tildada de impia sevicia. Veamos, cual muestra de estos sangrientos epigramas, el que asesta contra la infeliz Lalage:

Unus de toto peccaverat orbe comarum  
Annulus, incerta non bene fixus acu.  
Hoc facinus Lalage speculo, quo viderat, ulta est,  
Et cecidit sectis icta Plecusa comis.  
Desine iam, Lalage, tristes ornare capillos,  
Tangat et insanum nulla puella caput.  
Hoc salamandra notet, vel saeva novacula nudet,  
Ut digna speculo fiat imago tuo <sup>1</sup>.

Ó esta en que trata con igual crueldad á la desdichada Lelia:

Dentibus atque comis, nec te pudet, uteris emtis.  
Quid facies oculo, Laelia?... Non emitur <sup>2</sup>.

Volviendo sus sarcásticas miradas á otro linaje de flaquezas, ya tropezaba con el injustificado orgullo de los malos poetas, ya con la vana presuncion de los artistas, hiriéndoles despiadado en la fibra más delicada. En tal manera escarnecía, por egemplo, la impericia del pintor Artemidoro:

Pinxisti Venerem; colis, Artemidore, Mineryam:  
Et miraris opus displicuisse tuum? <sup>3</sup>

Pero si el hijo de Bilbilis, cuyas personales desdichas le habian impulsado á tomar el camino de la sátira, bien que procurando

parcere personis, dicere de vitiis <sup>4</sup>,

persigue con insistente causticidad todas aquellas ridículas dolencias; si brotan al par de su pluma la delicada sal y la amarga hiel, justo es repetir que no se hallaba dotado de la energia

<sup>1</sup> Lib. II, epig. LXVI.

<sup>2</sup> Lib. XII, epig. XXIII.

<sup>3</sup> Lib. V, epig. XL.

<sup>4</sup> Lib. X, epig. XXXIII.

y superior fuerza de alma, indispensables para estirpar la mortífera pestilencia que plagaba á sus contemporáneos. No dejó él de reconocerlo; y comprendiendo que agotaba sus fuerzas lastimosamente, se disculpaba con su amigo Lucio Julio de no haber acometido ninguna empresa de importancia, manifestándole que no habia encontrado verdadero Mecenas. Al tocar este punto, se revelaba de una manera inequívoca la genial honradez de M. Valerio:

Saepe mihi dicis, Luci clarissime Iuli:  
Scribe aliquid magnum: desidiosus homo es.  
Otia da nobis; sed qualia fecerat olim  
Maecenas Flacco, Virgilioque suo:  
Condere victuras tentem per secula chartas,  
Et nomen flammis eripuisse meum.  
In steriles campos nolunt iuga ferre iuveni:  
Pingue solum lassat, sed iuvat ipse labor <sup>1</sup>.

El pensamiento que encierran los dos últimos versos es por extremo triste y melancólico, dándonos á conocer el estado del alma del poeta: no se le ocultaba por cierto el egemplo de Virgilio, á quien sacó de la oscuridad la proteccion de Augusto:

Protinus Italiam concepit, et arma, virumque  
Qui modo vix Culicem flevrat ore rudi <sup>2</sup>.

Aquella triste confesion de Marco Valerio, que tan eficazmente contribuye á darnos á conocer la desesperada y triste situacion de su alma, parece tanto más sincera cuanto es más desconsolador el cuadro que nos traza su musa, al pintarnos la amarga suerte que alcanzaban en la Roma de Domicio los ingenios que en ella

<sup>1</sup> Lib. I, epig. CVIII.

<sup>2</sup> Sobre este mismo punto es notable el epig. III del lib. VIII, en que apostrofando á su musa, explica las causas de no calzar el coturno trágico, ni cantar las difíciles guerras (aspera bella), poniendo en boca de la última de las nueve hermanas (nona sororum) estos versos:

Scribant ista graves nimium, nimiumque severi,  
Quos media miseris nocte lucerna videt.  
At tu Romano lepidos sale tinge libellos:  
Agnoscat mores vita legatque suos.

se consagraban al culto del arte. Digno es, por más de un concepto, de ser aquí trasladado el bello epigrama, en que desvanece con el desencanto de la verdad, las halagüeñas ilusiones que Sexto, ingenio novel, había llevado á Roma:

Quae te causa trahit vel quae fiducia Romam,  
Sexte? Quid aut speras, aut petis inde? Refer.  
Causas, inquis, agam Cicerone disertius ipso,  
Atque erit in triplici par mihi nemo foro.  
Egit Atestinus causas, et Caius: utrumque  
Noras: sed neutri pensio tota fuit.  
Si nihil hinc veniet, pangentur carmina nobis:  
Audieris, dices esse Maronis opus.  
Insanis: omnes, gelidis quicumque lacernis  
Sunt ibi, Nasones Virgiliisque vides.  
Atria magna colam. Vix tres, aut quator ista  
Res aluit: pallet cetera turba fame.  
Quid faciam? Suade: nam certum est vivere Romae.  
Si bonus es, casu vivere, Sexte, potes <sup>1</sup>.

Fácil es discernir, con el exámen de estos epigramas, que aparece en ellos por extremo simpática la musa de Marcial, y que son no poco brillantes las dotes que resaltan en las producciones donde se olvida de sus quejas personales y de la corrompida sociedad, á quien halaga con sus procaces chistes. Ni es menos digna de alabanza, cuando hastiada tal vez de aquel repugnante espectáculo, ora recuerda los altos nombres de la República y las grandes calamidades que la derrocaron, ora poseída de santa indignacion, aspira por un momento á la gloria de Juvenal, lanzando rudo anatema contra los tiranos. Oigámosle abominar, en medio de estos arranques de alta moralidad política, la bárbara crueldad de Marco Antonio:

Antoni Phario nil obiecture Pothino,  
Et levius tabula, quam Cicerone, nocens:  
Quid gladium demens Romana stringis in ora?...  
Hoc admisisset nec Catilina nefas.  
Impius infando miles corrumpitur auro:  
Et tantis opibus vox tacet una tibi.

<sup>1</sup> Lib. III, epig. XXXVIII.

Quid prosunt sacrae pretiosa silentia linguae?...  
Incipient omnes pro Cicerone loqui <sup>1</sup>.

Ó lamentar en la de los Pompeyos, semejante en esto á Lucrecio, la ruina de Roma, que llena al par el Asia, la Europa y el África:

Pompeios iuvenes Asia atque Europa, sed ipsum  
Terra tegit Libyes; si tamen ulla tegit.  
Quid mirum, toto si spargitur orbe? Iacere  
Uno non poterat tanta ruina loco <sup>2</sup>.

Ó condenar por último, con extremada dureza, harto epigramática por cierto, las liviandades de Cleopatra:

Flentibus Heliadum ramis dum vipera repit,  
Fluxit in obstantem succina gemma feram:  
Quae dum miratur pingui se rore teneri,  
Concreto riguit vincta repente gelu.  
Ne tibi regali placeas, Cleopatra, sepulcro;  
Vipera si tumulo nobiliore iacet <sup>3</sup>.

La musa de Marcial no carecía por tanto de verdaderas virtudes poéticas que debían ganarle en la posteridad el aplauso de los doctos; mas cuando reconcentrado en sí mismo, le vemos comparar las situaciones de la vida positiva con el mundo ideal que finge su inextinguible deseo de bienandanza, cuando repara en el tiempo perdido en liviandades, adulaciones y sangrientas lides literarias <sup>4</sup>, no es ya el poeta cáustico, que se venga de los hom-

<sup>1</sup> Lib. V, epig. LXIX.

<sup>2</sup> Id., LXXIV.

<sup>3</sup> Lib. IV, epig. LIX. De notar es que este y otros muchos epigramas de Marcial figuran traducidos por el celebrado don Manuel Salinas en la *Agudeza y arte de ingenio* de Gracian, libro ya examinado por nosotros en la *Introducción* á esta historia.

<sup>4</sup> No creemos fuera de propósito consignar que el poeta de Bilibis, sobre defenderse de los tiros de envidiosos y detractores, descarga muy á menudo su enojo contra los ingenios que le ofenden y hostigan, no reparando en provocar su malquerencia. Son notables en este concepto los epigramas *in Atalum*, *in Candidum*, *in Cosconium* (lib. II, epigs. 7, 43, 77); *in Ligurinum*, *ad Cosconium* (II, 50, 69); *ad Sextum*, *de Appolonio*, *ad Codrum*, *ad Varronem*, *ad Ponticum* (V, 6, 21, 26, 30, 63); *in Laberium* (VI, 14); *ad Sabellum* (VII, 20 y 85); *ad Cincium* (VIII, 18), y finalmente *In maledicum poetam* (X, 5).

bres, echándoles en cara su flaqueza y haciendo doloroso alarde de la suya propia en medio de obscenas y escandalosas burlas: M. Valerio es entonces el filósofo grave y severo, que pone al lado del crimen la virtud, para que brillen con mayor pureza sus resplandores, reconociendo por fortuna que sólo lejos de los dorados techos de Roma se cobija la felicidad por él apetecida. Dirigiéndose á Julio Marcial, á quien habia dedicado el libro sexto de sus epigramas <sup>1</sup>, y cuyos huertos habia elogiado grandemente <sup>2</sup>, le oimos exclamar en estos momentos supremos:

Si tecum mihi, care Martialis,  
Securis liceat frui diebus;  
Si disponere tempus otiosum,  
Et verae pariter vacare vitae;  
Nec nos atria, nec domos potentum,  
Nec lites tetricas forumque triste  
Nossemus, nec imagines superbas, etc. <sup>3</sup>.

Y no menos digno de admiracion se nos muestra el poeta de Bilbilis, cuando al trazar el cuadro de la bienandanza, que parece huir de sus manos, pone de relieve con seductora sencillez los goces de una vida pacífica, formando estos singular contraste con los vicios que reconoce y reprende en sus coetáneos:

Vitam quae faciunt beatiorem,

Marcial hiere á sus enemigos con gracia y sutileza; pero llega á ensañarse á veces en tal manera, que no sólo desea su exterminio, sino su condenacion eterna: en el epigrama último, por ejemplo, despues de lanzar al *poeta maldiciente* lo que en nuestro vulgar lenguaje podriamos llamar *una maldicion gitana*, añade:

Nec finiantur morte simplices poenas:  
Sed modo severi sectus Aeaci loris,  
Nunc inquieti monte Sisyphi pressus,  
Nunc inter undas garruli senis siccus,  
Delasset omnes fabulas poetarum.

<sup>1</sup> Lib. VI, epig. I:

Sextus mittitur hic tibi libellus, etc.

Es notable el epig. XVII del lib. VII, en que celebra su biblioteca.

<sup>2</sup> Lib. IV, epig. LXIV.

<sup>3</sup> Lib. V, epig. XX.

Lucundissime Martialis, haec sunt:  
Res non parta labore, sed relictis;  
Non ingratus ager; focus perennis;  
Lis nunquam; toga rara; mens quieta;  
Vires ingenuae; salubre corpus;  
Prudens simplicitas; pares amici;  
Convictus facilis; sine arte mensa;  
Nox non ebria, sed soluta curis;  
Non tristis torus, et tamen pudicus;  
Somnus qui faciat breves tenebras;  
Quod sis, esse velis, nihilque malis;  
Summum nec metuas diem, nec optes <sup>1</sup>.

Sorprendente es sin duda el hallar en tan breves líneas tantos y tan sanos consejos, encaminados á labrar la felicidad humana; y sube de punto la sorpresa, cuando se considera que estos consejos son dados por un poeta, cuya obligada musa habian sido por mucho tiempo la obscenidad y el escándalo. Contrario de todo punto á la doctrina estoica, que habia dominado á Séneca y que dominaba á la sazón en Roma, prueba el pensamiento del último verso que Marco Valerio creia en la tranquilidad del justo <sup>2</sup>. No debió olvidar el inimitable Francisco de Rioja las demas ideas expresadas en los anteriores versos, cuando en su *Epistola moral* exclamaba:

Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo, un sueño breve  
que no lo enturbien deudas ni pesares.

Igual deseo expresó Marcial, declarando á su dulce amigo Avito, que al envejecer en la ciudad latina, le habia aquejado la sed del aurífero Tajo y del patrio Jalon:

Auriferumque Tagum sitiam, patriumque Salonem <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Lib. X, epig. XLVII.

<sup>2</sup> Esta condenacion del estoicismo suicida no es casual. Elogiando la doctrina de su amigo Deciano, español como él, habia escrito (lib. I, epig. IX):

Nolo virum, facili redimit qui sanguine famam:  
Hunc volo, laudari qui sine morte potest.

<sup>3</sup> Lib. X, epig. XCVI.

Mas para restituirse á su patria, entrado ya en los 57 años, y cuando habia trocado Italia el color de sus cabellos <sup>1</sup>, hubo de impetrar la munificencia de otro escritor, á quien habia tributado merecidos elogios, reconociendo en su despierta juventud las más elevadas dotes <sup>2</sup>. Pero no encontró en Bilbilis ni en la vida tranquila del campo la paz que anhelaba, si hemos de juzgar por el epigrama que dirigió desde allí á Juvenal, manifestándole que echaba de menos la bulliciosa vida de la córte, mortificándole la mortal inaccion en que pasaba los años:

Sic me vivere, sic iuvat perire <sup>3</sup>.

¡Tal es la condicion humana!... Sin embargo acabó sus dias en el seno de su familia, gozando las caricias de su esposa Marccla, quien procuró con sus virtudes y riquezas hacerle olvidar los sinsabores de tan azarosa vida. No de otra suerte se nos representa Marcial en los siguientes versos, donde se retratan la quietud y contento de sus últimos dias:

Hoc nemus, hi fontes, haec textilis umbra supini  
Palmitis, hoc riguae ductile flumen aquae:  
Prataque, nec bifero cessura rosaria Paesto:  
Quodque viret lani mense, nec alget olus;  
Quaeque natat clusis anguilla domestica limphis,  
Quaeque gerit similes candida turris aves:

<sup>1</sup> Dirigiéndose á sus conciudadanos (municipes bilbilitanos), despues de manifestarles que era *decus et nomen, fama* (*Bilbilis*), añadiendo que

Nec sua solus debet tenui Verona Catullo,

observaba (lib. X, epig. CIII);

Moenia dum colimus dominae pulcherrima Romae,  
Mutavere meas Italá regna comas.

<sup>2</sup> Plinio, el mozo, quien dirigiéndose á su amigo Prisco (Epíst. XXI, lib. IV) dice, hablando de la muerte de Marcial: «Erat homo ingeniosus, acutus, acer, et qui plurimum in scribendo et salis haberet et fellis, nec candoris minus... Dederam hoc amicitiae, dederam etiam versiculis quos de me composuit.» Al final de esta epístola inserta Plinio los versos que Marcial le habia dedicado, y forman el epig. XIX del lib. X.

<sup>3</sup> Lib. XII, epig. XVIII.

Munera sunt dominae post septima lustra reverso;  
Has Marcella domos parvaque regna dedit.  
Si mihi Nausicaë patrios concederet hortos,  
Alcinoos possem dicere: *Malo meos* <sup>1</sup>.

Ni le pintan menos feliz las sentidas y amorosas frases, en que revela á su esposa la ventura que á su sombra alcanzaba, manifestándole que en ella veia compendiadas las dichas que soñó en Roma:

Municipem rigidi quis te, Marcella, Salonis,  
Et genitam nostris quis putet esse locis?  
Tam rarum, tam dulce sapis: Pallatia dicent,  
Audierint si te vel semel, esse suam:  
Nulla nec in media certabit nata Subura,  
Nec Capitolini collis alumna tibi.  
Nec cito ridebit peregrini gloria partus,  
Romanam deceat quam magis esse nurum.  
Tu desiderium dominae mihi mitius urbis  
Esse iubes; Romam tu mihi sola facis <sup>2</sup>.

El último rasgo no puede ser ni más galante ni más delicado, conocida la historia del poeta.—Véase pues cómo las vicisitudes que afligen á los hombres, de igual modo que las que conmueven las sociedades, influyen poderosamente en la suerte del genio. Marcial, nacido en pobre cuna, educado modestamente, sólo aspira á seguir las huellas de los grandes modelos que ha conocido en su infancia: combatido constantemente por el viento del infortunio, se echa en brazos del escándalo, ya para medrar á su sombra, ya para vengarse de los que le menosprecian, yendo tan adelante en este empeño, que deleita y maravilla á la misma córte y muchedumbre, para quien habia llegado á ser comun sentencia aquel significativo proloquio, bastante á retratar una y otra: *Sit hilaris morio, aut abigatur illinc*. Marcial no tenia sin embargo valor bastante para hacerse temible, á la manera de Juvenal, ni hubiera tampoco podido conseguirlo, á ser este su intento; porque ni los hábitos modestos de su educacion ni la blandura de su alma se lo consentian. Por eso, aunque desviado al parecer de la senda

<sup>1</sup> Lib. XII, epig. XXXI. *De hortis Marcellae uxoris*.

<sup>2</sup> Lib. XII, epig. XXI.

de la virtud, ni deja esta de anidar en su pecho, ni olvida Marcial las tradiciones de su adolescencia, procurando ajustarse como artista á las máximas literarias de Horacio, á quien escoge por modelo y venera cual maestro. Pero no era ya posible, según queda notado, el que las letras latinas conservaran aquel esplendor, con que brillaron alentadas por Mecenas: resonaban en Roma los aplausos alcanzados por los Sénecas, y vióse Marco Valerio obligado, para ser oído, á formar estilo propio, donde sin desechar abiertamente las innovaciones de aquellos, dando no poca novedad á la dición, ensayó á menudo en la construcción de la frase y en la estructura de los metros la discreta imitación de los poetas de Augusto.

No así Lucano: hijo de caballeros, sobrino de un ministro y condiscípulo de un César, entró en la república literaria bajo la bandera de Lucio Anneo: amamantado con sus doctrinas filosóficas, iniciado en su sistema artístico, voló sin freno alguno su fogosa y rica fantasía, exaltada ya con la gloria de sus mayores. Las tradiciones del arte homérico, acatadas por Horacio y Virgilio, si bien quebrantadas por los declamadores, fueron frágiles redes para sujetar su ingenio: halló desdeñadas las leyes del arte, y las proscribió: halló alterada la lengua, y la arrastró al despeñadero. Cuando comenzó á volverle la espalda la fortuna, deidad única de sus cantos, lejos de acudir á las burlas de Marcial, apeló á la venganza de Bruto. Tuvo al cabo Marco Valerio resignación bastante para romper los lazos que por tanto tiempo le ligaron á Roma, restituyéndose á su patria, sin más grandeza ni esperanza que el amor de Marcela: Lucano tembló, al escuchar el decreto de Neron, que le condenaba á muerte: Marcial, ya en edad proveya, expira tranquilo en su lecho: Marco Anneo Lucano muere trágicamente, como su tío y su padre <sup>1</sup>, á los 27 años, viendo cortadas en flor todas sus esperanzas de gloria. Esta diferencia, tan sensible en la vida de uno y otro poeta,

<sup>1</sup> La muerte de Séneca es ya conocida de nuestros lectores: respecto de Mela escribe Tácito que supuestas entre el padre y el hijo inteligencias en la conspiración pisoniana, mandó prender Neron: «At Mela, quae tum promptissima mortis via, exsolvit venas» (Lib. XVI, cap. XVII).

se revela profundamente en sus obras: el uno es reverente y respetuoso tocante á los poderes de la tierra; el otro altivo y turbulento: aquel acata y admira las obras de los grandes maestros que le han precedido, y colma de elogios á sus coetáneos, cuando le inspiran el mismo respeto <sup>1</sup>; este no encuentra obra alguna digna de su admiración ni aun de su elogio: el primero imita; el segundo procura exceder los sublimes y acabados modelos del siglo de oro. Y sin embargo, los nombres de ambos han llegado á nuestros días en medio de las contradicciones de la crítica <sup>2</sup>, sin que se hayan fijado con la exactitud conveniente las

<sup>1</sup> Los nombres de Horacio, Virgilio, Catulo, Ciceron, Livio y otros poetas, oradores é historiadores del siglo de Augusto resuenan en efecto con tanta frecuencia como veneración en los versos de Marco Valerio: con ellos se unen, cual muy respetados por el poeta de Bíbilis, los de Ovidio (Lib. I, epig. 62, 103; lib. VI, 44; IX, 53, 99; X, 44); Silio Itálico (Lib. VII, 63; VIII, 66; XI, 49); Lucano (Lib. I, 62; IX, 52); Juvenal (Lib. VII, 34, 91; XII, 18); Quintiliano (Lib. II, 90); Plinio Segundo (Lib. X, 19), y otros ingenios menos renombrados, no omitiendo por cierto el de Sulpicia, de quien dice (Lib. X, epig. 25):

...Castos docet et pios amores  
Lusus, delicias facietiasque.

Esta propensión al aplauso de las obras ajenas, virtud no muy común en la república literaria, pone de relieve la generosa índole de Marcial, que sólo exasperado por la maledicencia, pudo ser maléfico. En este punto es notable el epigrama en que se duele de que intentaran enemistarle con Juvenal, cuya amistad cultivaba, como ya hemos visto, hasta el fin de sus días. Dicho epigrama empieza (Lib. VII, epig. 24):

Cum Iuvenale meo quae me committere tentas,  
Quid non audebis, perfida lingua, loqui?...

No se olvide por último que apostrofa y señala frecuentemente con el posesivo *meus* á casi todos los poetas vivos, de quienes habla.

<sup>2</sup> Para prueba de esta observación, bastará sólo recorrer brevemente la multitud de ediciones que se han hecho de uno y otro poeta. Comenzando por la primera de Lucano, dedicada á Paulo II (Roma, 1469), y continuando por la de Venecia de 1475, comentada por Leoniceo, la de Milan de 1477, la de Parma de 1483, la de Brescia de 1486, la de Milan de 1491, en que se incluyeron dichos comentarios, y siguiendo este mismo examen respecto de la mayor parte de las ediciones que en el siglo XVI se hicieron de la *Pharsalia*, tales como la de Lion de 1500, la Aldina de 1502, la de Paris de 1506, la de Milan

dotes especiales que en cada uno de estos poetas resaltan, para apreciar aquellas que aparecen independientes de la época y de las circunstancias en que viven, y son propias del ingenio español en todas las edades, ya le consideremos orillas del Ebro, ya á las pintorescas márgenes del Bétis.

Momento llegará en que nos salgan al encuentro no pocos poetas castellanos, en quienes reconozcamos la misma índole, las mismas inspiraciones, las mismas bellezas y los mismos extravíos que así nos llaman la atención en estos poetas del Imperio. El siglo XV nos presentará el nombre de un cordobés ilustre, señalado por unos eruditos como el Ennio español, designado por otros como fundador y padre del lenguaje poético, y acusado por otros

de 1508, la de Venecia de 1511 hasta la de Leyden de 1588, anotadas todas por los más hábiles comentadores, se advierte tal desavenencia y contradicción en sus opiniones, que es imposible deducir de ellos juicio alguno seguro sobre el mérito de Lucano.—Lo mismo decimos de Marcial: ya principiemos este análisis de los comentadores por la edición de Jorge Alejandrino, tenida por la primera que se hizo de las obras de aquel poeta (Venecia, sin año), ya por la de Ferrara de 1471, ora por la de Roma de 1473, ora por la de Venecia de 1475; continuando este trabajo en las de Milan (1478 y 1490), la de Bolonia (1511), la de Deventer (1512), la de Strasburg (1515), la de París (1528), las de Lion (1535 y 1536), y otras muchas que en los siglos XVI, XVII y XVIII se hicieron, tanto dentro como fuera de España, siempre encontramos la misma duda y discordancia respecto de la estimación en que debe ser tenido el poeta de Bilibis.—Sin embargo, escudados en la moral, la mayor parte de los comentadores ven con prevención las licencias de Marco Valerio, condenándole como nocivo á la juventud, y acusándole de obscuro y escandaloso. Para evitar aquel peligro publicó Conrado Gesnero (Zurich, 1544) los epigramas de Marcial, *limpios de toda obscenidad*, ejemplo que siguió Miguel Vascosano (París, 1554), dando á su edición este título: *Martialis castus, ab omni obscenitate purgatus*. Ninguno de los comentadores ha tenido sin embargo presente la situación del vate bilibitano, y muy pocos le han considerado como poeta de sentimiento.—Al poner término á esta nota, parecenos conveniente advertir que así Anneo Lucano como Valerio Marcial, han sido traducidos hasta la saciedad á las lenguas modernas, abundando entre nosotros las versiones, que comienzan á figurar en nuestra historia literaria desde el siglo XIV. Ocasión tendremos pues de reconocer por este camino la influencia, que ambos escritores llegaron á ejercer en el desarrollo del genio poético español, cuando la erudición de nuestros padres llamó directamente á las puertas de la antigüedad clásica, para demandarle inspiraciones y enseñanzas.

como escritor hinchado, trivial é hiperbólico. El siglo XVI nos pondrá delante, ya en sus últimos días, el nombre de otro hijo de Córdoba, cuya bizarra imaginación é inquieta fantasía serán bastantes á desnaturalizar la imitación toscano-latina, introduciendo el caos en la república de las letras. Casi al mismo tiempo descubriremos en la comarca, donde nace y muere Marcial, otros ingenios, que admirando como él los poetas de Augusto, aspiren á lograr la palma de sóbrios imitadores. Nadie podrá desconocer en los dos primeros escritores á Mena y Góngora: tampoco será dado dudar de que son los segundos los hermanos Argensolas.

Difícil nos parece en gran manera que exista respecto de otros poetas más íntima semejanza que la que advertimos entre Lucano y Góngora, Marco Valerio y Lupercio Leonardo. No puede en verdad asegurarse que haya identidad absoluta en la situación política de las dos épocas, en que unos y otros florecen; y sin embargo, necesario es confesar que hay no poca semejanza, y muy principalmente en la parte literaria. Harto Lucano de imitaciones griegas, é inclinado por naturaleza á innovarlo todo, intentó dar á la poesía latina, que veía encaminada ya á su decadencia, nuevo esplendor é inusitada pompa: cansado Góngora de imitaciones toscanas, pobres y descoloridas, acometió la árdua empresa de restituir á la poesía castellana, que iba derecha á su ocaso, la majestad de Herrera. Impulsados por un mismo sentimiento, animados de igual deseo y encaminados á idéntico fin, no advirtieron sin embargo que no les era dado resucitar el verdadero sentimiento patriótico, ahogado en Roma por la tiranía de los Césares y aherrojado en España por la opresora mano de los Felipes; siendo necesaria una revolución social para lograr el éxito que apetecían. Era esto de todo punto imposible, y sólo pudieron uno y otro poeta introducir la innovación en el terreno de las formas, alcanzando en él omnímodo y extraordinario triunfo. Pero si brillaron por un momento sin rivales; si palideció en Roma el sol de Horacio y de Virgilio ante la peregrina estrella de Lucano<sup>1</sup>, y

<sup>1</sup> Mr. Nisard dice con este propósito: «La Roma provincial venció esta vez á la Roma metropolitana. La estrella de los Anneos hizo palidecer el sol de la edad de oro.» Nisard insiste en presentar á Lucano como primero y úni-

cayó en España á los pies de Góngora la lira de Garcilaso y de Mendoza, no fué dado á los ingenios que les siguieron encontrar el camino de sus preciadas bellezas, exagerando con frecuentes remedos sus más reprobables extravíos. Tal habia de ser necesariamente la suerte de estos imitadores: ni la poesía de Lucano ni la de Góngora era ya la poesía del sentimiento: sólo mostraron las galas de su imaginación como poetas descriptivos; y cuando el arte ha llegado á la edad, en que la vista del poeta no penetra más allá de las formas exteriores, necesario es conocer que está ya muy próxima su ruina. Así pues no solamente en las dotes que enaltecieron á Góngora y á Lucano, no sólo en el propósito á que los impulsó su ingenio altivo é impaciente, sino también en la manera de llevar á cabo la innovación y en las fatales consecuencias que produjo, halla la crítica semejanza entre estos dos ilustres hijos de Córdoba. Y para que la comparación sea más exacta, digno es de notarse que mientras uno y otro vate trastornan los fueros de la tradición, sin respetar las leyes de la lengua, florecen en el mismo suelo de la Bética otros distinguidos ingenios, que procurando seguir las huellas de los grandes modelos, defienden con empeño los cánones del buen gusto. Al lado de Lucano hallamos los nombres de Columela y Silio: al lado de Góngora nos presenta el siglo XVII (más afortunado sin duda que el siglo II de la Iglesia) los nombres del tierno Quirós y del inmortal Rioja.

Más si palpable es la analogía que descubrimos entre aquellos vates andaluces, no tenemos por menos sensible la semejanza, que entre el gusto poético de Marco Valerio y Lupercio Leonardo se advierte. Ambos escritores aparecen á nuestra vista como admiradores del arte homérico: ambos se forman en la escuela de los poetas de Augusto: ambos se ven obligados (aunque por diferentes causas) á vivir en la corte, y ambos condenan los vicios de ella. Sin embargo, Lupercio encuentra desde su juventud el Mecenas que Marcial busca en vano; y recibe cumplido galardón de su talento, mientras Valerio alcanza únicamente amargos desengaños. Por eso la sátira de Lupercio despierta al aspecto de los

co corruptor de la poesía latina (*Études de mœurs et de critique sur les poètes latins de la decadence*, tomo I, première partie).

vicios que plagan la corte, al paso que es la de Marcial hija del profundo despecho que en él engendra la ingratitud de sus coetáneos: por eso la sátira de Leonardo es menos incisiva, punzante y escandalosa, procurando seguir el vuelo de Juvenal, bien que faltándole el brio y el enérgico espíritu del poeta de Aquino. Y á pesar de todo no carecen las sátiras de Lupercio de frases y giros, cuya excesiva llaneza y desnudez nos recuerdan las licencias de Valerio, tan acerbamente condenadas por los eruditos. Pero si modifican en Leonardo, tanto la buena suerte que le cobija, como el espíritu del siglo en que vive, la *vis satirica* que abrigaba en su pecho, no deja de asemejarse al vate bilbilitano, aun al apartarse de aquella senda, erizada de peligros en los siglos XVI y XVII. Lupercio no es menos grave y profundo que Marcial, cuando escribe como filósofo, respirando sus producciones aquella apacible y consoladora moral que hemos admirado en los versos, donde Marco Valerio pinta la felicidad de la vida. Esta es precisamente una de las glorias de los hermanos Argensolas: imitadores ambos de Horacio, filósofos ambos, se distinguen al mismo tiempo, ya por lo depurado de su gusto, ya por la profundidad de los pensamientos filosóficos que nutren su estilo, dotes que dan á sus poesías un carácter especial, señalándose entre sus coetáneos, como se diferencian los versos graves de Marcial de cuanto en su edad se escribía. Lupercio deseó también gozar lejos de la corte la paz y quietud, que huye de los palacios; mas no como el poeta bilbilitano, para sacarse en la soledad el venenoso harpon que amargaba su existencia, sino para entregarse de lleno al culto de las musas:

Pero si alguna vez de Dios impetro  
La quietud que yo precio y mas deseo  
Que de tí, España, la corona y cetro;  
Si entre cuatro paredes yo me veo,  
Si puedo hacer con mis dineros humo  
Y alguna cosa lícita poseo,  
Yo juro de poner cuidado sumo  
En hacer á las musas larga enmienda  
Por este tiempo ocioso, que consumo.

Halagado sin embargo por la fortuna, murió entregado á los